

BENITO ESTRELLA: *Rescate primoroso de lo vulgar.*
Lectura de unos textos de Azorín

Fundación Emmanuel Mounier,
Colección Persona, Salamanca 2020,
ISBN: 978-84-15809-63-0

La Colección *Persona* ha dado a luz un sugerente libro sobre Azorín, en el que su autor pretende, como él mismo indica, no tanto hacer un estudio de este autor, sino “algo más humilde y sencillo: relatar las ideas, cuestiones y reflexiones que algunos textos del autor [...] han provocado en mí como lector” (11). Un lector que es Licenciado en Filosofía y Letras, Doctor en Pedagogía y Profesor de Lengua y Literatura ya jubilado, pero con un poso de amor por las letras acumulado durante una larga carrera docente. Un lector de Azorín, pues, que lo lee desde el conocimiento del griego y el latín y de la arqueología de las palabras –se nos cuenta en la p. 122 que el término ‘epiousius’ es una palabra que solo existe en el texto del Padrenuestro y que denota el alimento necesario, no solo material, para cada día, y en la 139-140, el significado del término ‘ingenuo’–, pero que además nos muestra sus amores literarios, tan españoles, a Bécquer, Machado o al fabuloso *Diccionario* de María Moliner. No podía faltar, ya desde el título, la honda interpretación antropológica que hizo José Ortega y Gasset sobre el escritor alicantino.

Pues Azorín, cuyo pseudónimo es el diminutivo de ‘azor’, esa veloz ave cazadora de alas cortas y larga cola, es también capaz de planear, como ella, a baja altura en los bosques y de “cazar” al acecho, allí donde el lector estaba desprevenido y no era capaz de encontrar “presa”. Sí, Azorín, como el azor, mira a la realidad situándose en un lugar privilegiado, desde donde no puede ser visto y, desde allí, es capaz de lanzar largas miradas panorámicas; después, acercándose rápidamente, puede ofrecer otras minuciosas y detallistas. Azorín toma de “los tesoros ocultos en el bosque del mundo” valiosos detalles que, una vez en calma, limpia e ilumina para ofrecérmolos en sus escritos.

Ahora bien, se nos indica, poco tiene Azorín de ave rapaz propiamente, pues lo que hace en su obra es más bien “rescatar”: rescata lo humano de la anonimidad de la masa, de lo inauténtico. ¿Y cómo lo hace? Con el ‘apalabramiento’, es decir, con la capacidad de describir y dar

palabras al mundo en el cual los seres humanos han vivido y al cual han dado sentido; y con el ‘empalabramiento’ del mundo, con la utilización de palabras y expresiones tomadas del rico acervo de la lengua. Azorín, maestro de las palabras –y del ritmo de la escritura como tal: se nos indica, por ejemplo, que es uno de los escritores españoles que mejor uso hacen del punto y coma– se ha acercado a través de ellas al ámbito del arte, de la política, de la economía, la enseñanza o los medios de información, así como el de la vida cotidiana. Y, con sus palabras de azor rescataador, los ha personalizado a todos ellos. Lo cual contrasta con la tendencia a la despersonalización que recorre hoy día a todas esas áreas.

El Dr. Estrella nos ofrece una honda explicación, en su obra, del hecho de que Azorín no sea hoy un autor de moda: es discreto, nada exaltado y está calmadamente atento al pulso de la vida cotidiana, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Nuestro tiempo, en contraste, vive pendiente de lo último, de la noticia escandalosa o llamativa, de aquello que se aleja de lo normal y tiene un ritmo desenfrenado. La lectura de Azorín no ofrece estímulos fuertes ni groseros, sino tranquilidad de ánimo, serenidad en la mirada sobre el mundo, sosiego en el interior. Azorín nos da la posibilidad de *rescatar* lo propiamente humano de la barbarie que hoy nos rodea, pues se fija especialmente en la interioridad personal, que es una actividad que no puede ser medida ni contada. Este escritor toma los mínimos hechos humanos con unas pinzas intelectuales y los destaca, haciéndolos reverberar al sol, como ya describió tan sorprendentemente Ortega y Gasset en *El espectador*.

El paisaje que a Azorín le interesa no es al que suele atender el hombre de nuestro tiempo, que se ha acostumbrado a vivir con prisas y sin capacidad de detenerse ante lo que ve; es el interior de nuestra alma, que recrea la proximidad y lo íntimo. En este sentido, nos ofrece el contraste tan abismal que existe entre la recreación de la mesa que realiza el filósofo catalán Josep María Esquirol, en su obra *La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad*, entendida como lugar de alimento orgánico, pero también humano, es decir, de recomposición de uno mismo en compañía de los más cercanos, con la degeneración del alimento, que a su juicio se da en competiciones como *MasterChef*, donde se ha convertido solo en un argumento para la exhibición, la competición y el estrés. Su reflexión es que, tratándose en ambos escenarios del alimento y el alimentarse, su consideración antropológica es diametralmente opuesta. Azorín estaría de parte de Esquirol, pues el motivo de su atención es siempre lo hospitalario, “la casa interior y casa nuestra” (26), lo habitado y compartido. Aquello que aleja al hombre de la decadencia y la corrupción, la barbarie y la degeneración. Estaría, además, de su parte porque

habitar la realidad, según remarca el autor, comienza siempre por habitar-se uno mismo.

Son muy sugerentes en el libro las reflexiones que asemejan la manera de mirar la realidad de Azorín, por su atención hacia lo cotidiano, con los grandes pintores flamencos, como Van Eyck, Van der Goes o Vermeer. El modo de captar el momento, de arrojar luz sobre él, es sorprendentemente similar en uno y en otros, a pesar del tiempo que los separa. Pero no solo está cerca el alicantino del arte de hace siglos. También, a modo de ver del autor, lo está del arte más cercano a nosotros, en tiempo y en sensibilidad, como es la pintura de Van Gogh. Ambos fueron de hecho contemporáneos, pues Azorín era un joven cuando Van Gogh fallece. Hay una mirada muy semejante entre el cuadro *La silla* y el pasaje de Azorín en el libro *Pueblo (Novela de los que trabajan y sufren)*, donde el escritor describe efectivamente una modesta silla.

En ambos casos somos testigos del “rescate” de la silla, de un objeto vulgar y cotidiano, pero que tiene un hondo sentido inserto dentro de una vida, para ser convertido en obra de arte, sea pictórica, sea literaria. Tanto en uno como en el otro, la silla no es un símbolo de poder, sino más bien de alguien que trabaja y construye una historia interior. Pero en los dos, cuadro o texto, nos da la impresión de que la silla tiene algo de grandioso y admirable, la de ser parte de una vida, de un tiempo vivido en el trabajo y en el cuidado.

Sí, Azorín se las apaña para personalizar y humanizar todo lo que toca, como cuando en uno de sus viajes castellanos contempla a una anciana y escribe sobre “la viejecita”, también en el libro *Pueblo*. No es “la vieja” o “la anciana” o “la señora de la tercera edad”, sino “la viejecita”, un ser que encarna la fragilidad y también la ternura. Sigue siendo, es cierto, un personaje anónimo, que contrasta con el niño que aparece en el mismo fragmento, pero en su anonimidad es todo un símbolo de dignidad y significado humano.

En el mismo sentido –y con diminutivo semejante al de su pseudónimo– Azorín nos cuenta la historia del “labrantín”, el labrador que se encarga de una pequeña parcela de tierra. El autor del libro se detiene en toda la segunda parte de su obra en este fragmento, pues muestra que contiene más de lo que una lectura apresurada podría decir.

El labrantín es la vida de un hombre que significa la antítesis de la explotación y el consumismo. ¿Por qué, a juicio del Dr. Estrella, sigue siendo interesante este texto azoriniano, sobre todo de cara a la Educación? Especialmente por dos razones: “Una, porque lo que se dice de él

hace justicia a esos seres anónimos que no tienen historia y son, sin embargo, los que la sostienen”. “Otra, [...] por su reciedumbre y longanimitad, la vida sobria que vive, en contraste con la inconsciente dilapidación egoísta que hoy mostramos [...]”.

El autor hace hincapié en los numerosos (y complejos) quehaceres del campo, que el labrantín acomete y que Azorín quiere reflejar con el abundante vocabulario ligado a la vida agrícola. Con su vida austera y llena de sentido, aunque sea este muy modesto, se sitúa en el polo opuesto al hombre de las sociedades tecnificadas, que vive en medio de un consumo desenfrenado y de una actitud permanente de obsolescencia programada, sin saber de verdad qué es lo que quiere. El autor relaciona la sobreabundancia de cosas e informaciones, el cambio y el re-cambio, con las actitudes del descuido y el desprecio. Cuando se tiene demasiado de todo, no se valora lo que se tiene. El labrantín tiene poco, pero eso poco lo estima en su valor verdadero. Y lo cuida.

El labrantín pone de manifiesto que la sobriedad no se impone, mientras que la escasez sí. Es una muestra de la actitud de autocontrol, de continencia, que no es a lo que está acostumbrado el hombre contemporáneo.

Este personaje es también un símbolo de la capacidad de conversación con sus semejantes, que de nuevo contrasta con la ausencia de este arte en nuestros días, que abundan en redes sociales pero que adolecen de auténtico trato humano en muchas ocasiones.

Es además el labrantín un paradigma de la circunspección, de la contemplación, en el mejor sentido del término. Puede que no tenga muchos conocimientos académicos, pero sí los tiene del campo, de los animales, de las aves y de su trabajo. Es un ser inserto plenamente en su mundo. No se ve a sí mismo como un engreído ser poseedor de todo lo que le rodea, pero tampoco como un ente contaminante.

El labrantín simboliza el dominio de sí mismo, la ascesis, frente al consumo placentero y, en el fondo, alienación existencial, en la que viven muchos hombres hoy día.

Se pone en conexión la capacidad del labrantín de “hacerlo todo” con el problema puesto de manifiesto por Marx, de la especialización del trabajo. En esta segunda situación, el hombre pierde la visión de conjunto y esto, de hecho, no solo en el contexto laboral, sino también en otros. La Educación, por ejemplo, está caracterizada por la sucesiva parcialización, de manera que se pierde la visión general de los saberes.

El autor del ensayo relaciona en este punto al labrantín con Alois Vogel, el vigilante en un museo de pintura de *El estupor y la maravilla*, de Eugenio D'Ors, que no deja de sorprenderse de todos los detalles que ve representados en los cuadros que cuida. Azorín, como Vogel –pájaro en alemán–, son dos rescatadores de belleza y sentido humano en un mundo cosificado y cosificador.

El labrantín azoriniano es una buena muestra de la auténtica resignación. No de su deformación –pasividad escasa de imaginación–, sino de aquella actitud que reconoce su condición de criatura, la cual es consciente de que tiene dones que no ha conseguido por sí misma, sino que le han sido donados. En este sentido, el autor ofrece un interesante símil con el parálítico de Bethesda. No es necesario, se le indica a este, que vaya a las aguas agitadas, solo necesita sentir que siente y ser capaz de echarse su camilla al hombro, de comenzar a andar por sí mismo, sin depender de nadie más. Y, sobre todo, de ir hacia su casa, hacia su propia intimidad.

Podría ser, en definitiva, este personaje, lo que se conoce en el lenguaje cotidiano como un don nadie, pero ciertamente, mirado desde el punto de vista antropológico, no, el labrantín es “alguien”.

NIEVES GÓMEZ ÁLVAREZ